Denis Dutton

El instinto del arte

Belleza, placer y evolución humana

Paidós *estética*

Denis Dutton

EL INSTINTO DEL ARTE

Belleza, placer y evolución humana

PAIDÓS
Barcelona • Buenos Aires • México

SUMARIO

Agradecimientos 11
Introducción 13

1. Paisaje y anhelo 29
2. El arte y la naturaleza humana 49
3. ¿Qué es el arte? 73
4. «Pero ellos no tienen nuestro concepto del arte» 97
5. Arte y selección natural 125
6. Los usos de la ficción 149
7. Arte y autodomesticación humana 191
8. Intención, falsificación, Dadá: tres problemas estéticos 229
9. La contingencia de los valores estéticos 279
10. La grandeza de las artes 301

Notas 333
Bibliografía 349
Índice analítico y de nombres 361

1. PAISAJE Y ANHELO

I

America's Most Wanted era un cuadro audaz, incluso para los baremos de los entendidos en arte contemporáneo. En 1993, Vitaly Komar y Alexander Melamid, un par de artistas soviéticos expatriados que se habían instalado en Estados Unidos, recibieron dinero del Nation Institute para estudiar las preferencias artísticas de personas procedentes de diez países distintos.[1] Supervisaron una detallada encuesta de ámbito mundial que había sido dirigida en Estados Unidos por Marttila & Kiley y por otras empresas demoscópicas con sede en el extranjero. En algunos lugares, las encuestas desembocaron en reuniones en los ayuntamientos y en la creación de grupos de debate. A todos los participantes se les preguntaba qué preferirían ver, una escena de interior o un paisaje; cuáles eran sus animales preferidos, sus colores favoritos, con qué tipo de retratos disfrutaban —de personas famosas o normales y corrientes, si las preferían vestidas o desnudas, jóvenes o viejas—, etc. Si extrapolamos estos datos a la población general de los países encuestados, los gráficos y las tablas de cifras elaboradas por el proyecto People's Choice de Komar y Melamid aseguraban, no sin un punto de razón, que se trataba de un informe concluyente sobre las preferencias artísticas de «unos dos mil millones de personas».

Pero este proyecto generó algo más que preferencias numéricas: después, estos artistas con talento (que se habían formado

en el realismo de tintes socialistas) se dedicaron a pintar los cuadros más deseados y los más denostados por cada país participante en el estudio: pastiches basados en los colores, formas y temas preferidos por cada nacionalidad.

Los cuadros menos deseados son una mala noticia para cualquiera que algún día aspire a ver la aceptación en masa de las obras abstractas modernistas. La mayoría de los encuestados de todas las nacionalidades rechazaba los diseños abstractos, especialmente las formas irregulares creadas con una pasta gruesa de colores que por lo general oscilan entre el dorado, el naranja, el amarillo y el pardo. Esta opinión negativa unánime en todas las culturas quedaba compensada en el lado positivo por otra extraordinaria uniformidad de sentimiento: casi sin excepción, el cuadro más deseado era un paisaje con agua, personas y animales. Puesto que el color preferido por la inmensa mayoría resultó ser el azul, Komar y Melamid utilizaron tonos azules como color dominante de sus paisajes. Su *America's Most Wanted*, el cuadro basado en los resultados de la encuesta realizada en Estados Unidos, combinaba la típica predilección estadounidense por las figuras históricas, los niños y los animales salvajes colocando a George Washington sobre una zona verdosa junto a un atractivo lago o río. Junto a él caminan tres jóvenes acicalados que parecen estar veraneando en Disneylandia; a su derecha retozan un par de ciervos, mientras que en el agua a espaldas de Washington se ve un hipopótamo que brama.

Si nos tomamos la encuesta en serio y después nos centramos en las pinturas de Komar y Melamid, nos daremos cuenta de que nos han estafado. Es como si dos jefes de cocina inteligentes se hubieran camelado al Nation Institute para financiar una encuesta muy cara con la intención de determinar cuáles son los alimentos preferidos de los estadounidenses. Los jefes estudian las preferencias estadísticas que se derivan de este estudio —una lista sumamente variada que encabezan los helados, las pizzas, las hamburguesas y el chocolate— y luego sacan sus conclusiones sobre los alimentos preferidos: helado con sabor a hamburguesa y pizza de chocolate como guarnición. El hecho de que en esos cuadros

aparezcan una personalidad como George Washington, varios animales africanos y un puñado de niños no significa que la gente los quiera ver todos juntos.

No obstante, sería incorrecto desdeñar de antemano el proyecto People's Choice, puesto que reveló un hecho sorprendente. Gente de muy diversas culturas procedente de todas partes del mundo tiende hacia la misma tipología general de representación pictórica: un paisaje con árboles y espacios abiertos, agua, figuras humanas, y animales. Otro dato aún más interesante es que preferimos paisajes bastante uniformes: los kenianos parecen disfrutar con paisajes que tienen más en común con los barrios altos de Nueva York que con nuestra idea de la flora actual y el entorno de Kenia. En una entrevista publicada en *Painting by Numbers*, el libro que presentó los datos y los cuadros estudiados en el proyecto, Alexander Melamid comenta (parece que a una grabadora):

> Tal vez parezca una excentricidad pero, ¿sabéis?, creo que este paisaje azul es mucho más importante de lo que nos parecía en un principio. Cuando hablamos con los participantes de los grupos de discusión antes de llevar a cabo la encuesta y las consiguientes reuniones de ayuntamientos por todo el país [...] casi toda la gente con quien se nos presentaba la ocasión de hablar directamente —y ya hemos hablado con centenares de personas— tenía ese paisaje azul en su cabeza. Está ahí dentro, y no es una broma. Pueden verlo hasta el último detalle. Me pregunto si quizás el paisaje azul forma parte de nuestra impronta genética; tal vez se trata del paraíso interior porque venimos de ese paisaje azul y lo queremos. [...] Ya hemos realizado encuestas en muchos países —China, Kenia, Islandia, etc.— y los resultados son sorprendentemente parecidos. ¿No es increíble? Kenia e Islandia, no hay países más distintos entre sí en todo el mundo, y ambos quieren ver paisajes azules.[2]

Melamid añade que uno de los sueños del modernismo fue «encontrar el arte universal» y que «la pintura era lo que podía unir a la gente». Pero el sueño modernista es un engaño: «El paisaje azul es lo verdaderamente universal, quizá para toda la humanidad».

Komar y Melamid abandonaron el asunto, pero éste vuelve a surgir en la obra del filósofo y crítico de arte de *Nation*, Arthur Danto, en su meditación filosófica sobre los cuadros más codiciados. Le disgusta ver la figura de George Washington compartiendo lienzo con un hipopótamo, y asegura que *America's Most Wanted* es un cuadro «malicioso» que, por irónico que parezca, nadie desea. También encuentra predecible que una encuesta sobre los gustos de los estadounidenses produzca un tipo de paisaje «río Hudson al estilo Biedermeier». Pero tampoco le sorprende lo siguiente:

> En todas partes del mundo los resultados han sido increíblemente lógicos, en el sentido de que las obras más deseadas de cada país se parecen entre sí, salvo algunos pocos detalles. Como mínimo, esto nos ofrece un motivo de reflexión sobre el hecho de que unos grupos de población seleccionados al azar «deseen» cuadros de un estilo realista genérico y multiusos como el que los pintores inventaron para *America's Most Wanted*. [...] El «cuadro más deseado», hablando en términos transnacionales, es un paisaje del siglo XIX. [...] El tipo de pintura que degenera en varias copias que acaban decorando los calendarios de todo el mundo, desde Kalamazoo (Michigan) a Kenia.

Después, Danto realiza un comentario que resulta coherente con la reflexión propuesta por Melamid y que, de ser cierto, echaría por tierra las ideas de una o dos generaciones de teóricos del arte (incluido Danto): «Un paisaje con un 44% de azules, más agua y árboles, debe ser universalmente aceptado a priori desde el punto de vista estético. Es aquello en lo que todo el mundo piensa cuando le hablan de arte, como si el modernismo no hubiese existido».

¿Como si el modernismo no hubiera existido? Al plantear este hipotético desafío al servicio de sus arraigados compromisos teóricos, Danto procura explicar la extraña uniformidad entre culturas: «Desde luego, es posible que el concepto que tiene todo el mundo del arte se forjara a base de calendarios (incluso en Kenia), y que eso ahora constituya una especie de paradigma de lo

que todo el mundo piensa cuando le hablan de arte». Al referirse a las investigaciones psicológicas que demuestran la existencia de los paradigmas que rigen lo primero que le viene a la cabeza a la gente cuando se les pide que identifiquen algo perteneciente a una categoría (si se les pide que nombren a un pájaro, suelen pensar en un petirrojo o un gorrión, no en un albatros o un kiwi), Danto intenta argumentar por qué los calendarios son lo primero que visualiza la gente de todas partes cuando piensa en arte. Según él, esto explicaría la resistencia que existe en todo el mundo al modernismo: «Es muy posible que lo que Komar y Melamid hayan desenterrado no sea lo que prefiere la gente, sino las imágenes pictóricas que les resultan más familiares».

El análisis de Danto presupone que las preferencias pictóricas son un producto cultural y que son indefinidamente maleables, según los dictámenes de nuestra cultura. Cuando pensamos en un petirrojo (en vez de en un somormujo) si alguien nos pide que visualicemos un pájaro, o pensamos en un hombre (en vez de en una mujer) cuando se nos pide que visualicemos a un piloto de líneas aéreas, somos víctimas de unos estereotipos derivados de la socialización infantil (nuestras experiencias al corretear por el parque o al viajar en avión). Para Danto, al final todo se reduce a un acto de culturización: no existe ninguna categoría de intereses naturales en las representaciones pictóricas. Según Danto, «eso explicaría por qué, cuando a lo largo de la historia un elemento se ha desviado del paisaje azul predominante, la respuesta espontánea de la gente haya sido rechazarlo como representación artística». De ello se deriva que el verdadero villano en la persistente resistencia al modernismo —es decir, en términos generales, la abstracción— sea la industria del calendario: «¿De qué otro modo los kenianos, por ejemplo, podrían fabricar el mismo tipo de cuadro que todos los demás aunque el 70% de ellos contestara "africano" a la pregunta número 37 ("Si tuvieras que elegir uno de los tipos de arte enunciados en la siguiente lista, ¿cuál preferirías?"), cuando las otras opciones eran "asiático, americano, y europeo"?». Danto concluye su análisis con tres frases discutibles:

> No hay nada de africano en un paisaje con agua que nos muestre el río Hudson al estilo Biedermeier. Pero es muy posible que los kenianos aprendieran el significado del arte viendo esas imágenes. No es casualidad que en el cuestionario referido a Kenia, en respuesta a la pregunta sobre el tipo de arte que la gente tiene en su casa, el 91% mencionara las imágenes de los calendarios (aunque, para ser justos, un 72% mencionó «pósteres o retratos»).[3]

Esta postura acerca de los paisajes azules es coherente y muy considerada por su parte. Pero también está profundamente equivocada. En primer lugar, cabe mencionar una cuestión secundaria: no es correcto afirmar que no hay nada de africano en el paisaje de *America's Most Wanted*. Si quitamos a George Washington, a los niños y el ciervo, e incluso si conservamos el árbol de aparente hoja caduca en primer plano, el paisaje podría corresponderse con una de las zonas montañosas de África oriental, es decir, al Parque nacional del Monte Kenia. Ya que hablamos de estereotipos visuales, Danto debe de estar entusiasmado con las imágenes de las polvorientas llanuras que se extienden desde el este de Kenia hasta adentrarse en Somalia y Etiopía, pero la región central de Kenia cuenta con muchas áreas llenas de montañas, ríos y lagos. Aunque la mayoría de los kenianos encuestados no vivieran en esas regiones montañosas, como mínimo las conocerían.

Danto sostiene que las preferencias del paisaje keniano coinciden con las del río Hudson al estilo Biedermeier, porque las imágenes del río Hudson están fuertemente arraigadas en la mentalidad africana. Él cree haber encontrado el origen de este fenómeno: los calendarios que el 91% de los africanos dicen tener en sus casas. Aunque el investigador menciona de pasada la posibilidad teórica de que la predilección por los paisajes azules sea un rasgo innato de la mente humana, no tarda en desechar esa idea, y culpa de lleno a la industria de fabricación de calendarios. En opinión de Danto, el gusto africano por cierto tipo de imágenes sólo puede explicarse por la exposición a otra clase de imágenes, lo que confirma un proceso de culturización visual. Este

comentario es coherente con el punto de vista de crítico de arte que esgrime con respecto a este asunto: interpreta el *America's Most Wanted* en función del estilo Biedermeier y el de la escuela del río Hudson, en vez de interpretar la obra de Komar y Melamid como una representación realista: una escena genérica y frondosa y colinas que rodean un lago situado en cualquier parte del mundo, desde Nueva York a Nueva Zelanda, Alaska, Asia o África.

La convicción de Danto de que los gustos paisajísticos se adquieren por la exposición de la gente a ciertas imágenes es una premisa que no se ha probado, y, además, resulta falsa. La vida humana y animal en general puede estar repleta de intereses, inclinaciones y sentimientos que no se aprenden, desde la experiencia de las imágenes a cualquier otra cosa, aunque bien es cierto que puede verse incrementada o moldeada por la experiencia y el aprendizaje. Por ejemplo, la ventana de mi despacho en la Universidad de Nueva Zelanda en la que trabajo como profesor es muy alta, y su alféizar ofrece un pedestal idóneo para que las palomas construyan sus nidos. A pesar de sus muchos encantos, estas criaturas no destacan por su pulcritud; al final dejaron el alféizar tan sucio que me veía obligado a cerrar la ventana todo el tiempo. ¿Cómo las podía alejar de allí? Se me ocurrió una solución: colocar una serpiente de plástico en el alféizar. He visto a un montón de pájaros pararse en el alféizar y, cuando reparan en la imagen de la serpiente, huyen de inmediato. No regresan. Lo curioso es que, aunque las palomas europeas viven en Nueva Zelanda desde hace doscientas generaciones de palomas, no hay (ni ha habido) serpientes en mi país. La reacción fóbica de los pájaros no viene dada por su exposición real a las serpientes ni a las imágenes de éstas. En una Nueva Zelanda libre de serpientes encontramos un ejemplo perfecto de atavismo natural: una respuesta innata al miedo que se transmite, de forma innecesaria por estos pagos, de una generación a otra de palomas.

Las respuestas humanas a los paisajes también dan muestra de atavismos, y los experimentos de Komar y Melamid son una demostración fascinante, aunque desatenta, de este hecho. El tipo exuberante de paisaje azul que los artistas rusos descubrieron se

halla en todo el mundo porque se trata de una preferencia innata. Esta preferencia no se explica sólo por las tradiciones culturales. En concreto, la idea de que la dominancia de la industria mundial del calendario pueda explicar por qué los kenianos piensan en la escuela del río Hudson cuando se les pregunta sobre sus imágenes preferidas elude una hipótesis más plausible: el hecho de que los calendarios —y las preferencias pictóricas que revelan en culturas completamente dispares entre sí— se basan en inclinaciones innatas. Esta atracción fundamental a cierto tipo de paisajes no está condicionada socialmente, sino que se encuentra en la naturaleza humana y es una herencia del Pleistoceno, el más de millón y medio de años durante los cuales han evolucionado los seres humanos modernos. La industria del calendario no ha conspirado para ejercer una influencia sobre el gusto de la gente, sino que ésta satisface unas preferencias humanas que son preexistentes a esos calendarios. Con todo este asunto nos sentimos tentados a plantear la siguiente pregunta: ¿a qué se debe esa preferencia persistente por el paisaje azul y acuoso?

II

La literatura psicológica sobre la teoría del paradigma es el modelo del que se sirve Danto para explicar por qué los kenianos dan la misma respuesta que todos los demás cuando se les pregunta acerca de su paisaje favorito. Sin embargo, existe otra escuela de conocimiento psicológico que se muestra más efectiva a la hora de abordar los gustos paisajísticos entre distintas culturas. Cubre una amplia variedad de literatura, alguna de ella de naturaleza estadística (no muy diferente de la encuesta de Komar y Melamid) y también teórica, y ofrece hipótesis para explicar los gustos predominantes de los hábitats naturales. Aunque las ideas que la sustentan son bastante antiguas, se reconvirtió hasta adoptar su forma actual en la década de 1970, sobre todo gracias a *The Experience of Landscape*, de Jay Appleton.[4] Las ideas de Appleton fueron exploradas y ampliadas por Roger S. Ulrich; después

se relacionaron con temas de cognición y percepción gracias al trabajo de Stephen y Rachel Kaplan, y fueron validadas y resumidas por Gordon H. Orians y Judith H. Heerwagen. Orians presentó una descripción general de la clase de paisaje ideal que los seres humanos encontrarían intrínsecamente placentero. Según su formulación, este paisaje tenía mucho en común con las sabanas y los montes de África oriental donde los homínidos se separaron de su linaje chimpancé para dejar paso a gran parte de la primera evolución humana; de ahí que se dé en llamar «la hipótesis sabana». En resumen, este tipo de paisaje incluye los siguientes elementos:

- Espacios abiertos de césped o hierbas bajas con algunos núcleos de arbustos o agrupaciones de árboles.
- La presencia visible y directa de agua o, al menos, que esa presencia se advierta de cerca o a lo lejos.
- Una abertura en al menos una dirección que ofrezca una visión panorámica del horizonte.
- Signos de vida animal o de aves.
- Diversidad de vegetación que incluya flores y árboles frutales.

En la actualidad, esta línea de investigación está muy avanzada y puede informarnos acerca de las preferencias paisajísticas innatas. Éstas son algo más que atractivos ambiguos y generales sobre escenas genéricas: son bastante específicas. Las sabanas africanas son, entre otras cosas, el escenario donde probablemente se desarrolló una parte significativa de la evolución humana, y hasta cierto punto el hábitat gracias al cual evolucionaron los homínidos carnívoros, pues contienen más proteínas por kilómetro cuadrado que cualquier otro tipo de paisaje. Además, las sabanas ofrecen alimento casi a ras del suelo, a diferencia de las selvas tropicales o templadas, que son más fácilmente accesibles por los simios que viven en los árboles.

Los seres humanos se sienten menos atraídos por los espacios totalmente abiertos y los prados, pero tienden hacia una lige-

ra ondulación montañosa, lo que indica un deseo de contar con puntos de referencia para orientarse. Las sabanas verdes son preferibles (al menos durante el experimento) a las sabanas en la estación seca. El tipo de sabana ideal parece ser el mismo que aparece retratado no sólo en los cuadros y los calendarios, sino en muchas grandes zonas verdes, como ocurre en algunas franjas de Central Park. El diseño moderno de los campos de golf puede hacer un uso sorprendente de estos motivos de sabana.

Lo que puede incrementar el atractivo no es la mera presencia de árboles, sino que éstos deben ceñirse a descripciones específicas. Las sabanas de alta calidad están repletas de *Acacia tortilis*, un árbol de copa ancha cuyas ramas rozan el suelo. Las pruebas realizadas por Orians y Heerwagen muestran que algunas culturas prefieren los árboles de bóvedas de densidad mediana que se bifurcan cerca de la superficie (un tipo de árbol común que aparece en los paisajes de la pintura flamenca del siglo XVII). Los árboles de copas escasas o muy densas no eran los preferidos del público, al igual que los árboles con un primer ramaje que quedara lejos del alcance humano. Los árboles a los que se pudiera trepar resultaban útiles para huir de los depredadores en el Pleistoceno, y este hecho trascendente se trasluce hoy en día en nuestra percepción estética de los árboles (y en el afán que sienten los niños por subirse a ellos).

Las preferencias paisajísticas no siempre delatan un amor por lo silvestre o un sentido de territorio virgen, ya que también conllevan un sentido innato del peligro. En concreto, el atractivo de las escenas naturales al estilo sabana puede verse reforzado por señales de habitabilidad humana; en concreto, de control e intervención. Las regiones preferidas en las que predominan los arbustos pueden ser zonas de pasto para los animales domésticos. Una carretera que se pierda a lo lejos también añade atractivo al cuadro, o bien una casita con una chimenea humeante. Estas señales posteriores al Pleistoceno están relacionadas con asentamientos o agricultura, y quizá se han convertido en clichés en las fotografías de calendarios y postales porque parecen humanizar un paisaje y lo vuelven menos amenazador.

Las respuestas al paisaje también dependen de las posibilidades de exploración y orientación, en las cuales «leemos» un terreno. Los experimentos llevados a cabo por Stephen y Rachel Kaplan demuestran que los paisajes más deseados tienen un grado moderado de complejidad. La complejidad extrema, como un bosque o una selva impenetrables, o bien una simpleza rayana en lo aburrido, como una llanura completamente plana, son extremos poco deseados. Los paisajes predilectos se caracterizan por la coherencia y la legibilidad: un terreno que ofrece orientación e invita a la exploración. La sensación de ver un sendero natural o creado por el hombre es la señal de exploración, al igual que una superficie llana para caminar. Así pues, los paisajes atractivos suelen centrar la atención en la ribera de un río que se pierde en un recodo o en un sendero que desemboca en unas colinas o desciende hacia un valle fértil. Contar con un punto focal o el destello del horizonte incrementa la inteligibilidad de una escena, y por tanto su atractivo visual.

Los Kaplan también han recalcado la preferencia por un elemento de misterio que definen como la sensación de que «uno podría adquirir nueva información si se trasladara hacia lo más profundo de la escena» (siguiendo el sendero o mirando al otro lado del recodo). Especulan acerca del hecho de que una sensación de misterio implica un «aspecto amplio de futuro» sobre las preferencias paisajísticas. Más que cualquier otro componente del paisaje, el misterio estimula la imaginación humana y, en consecuencia, adquiere una importancia vital para el paisaje como forma artística.

Por último, una de las hipótesis más originales de Jay Appleton sigue captando nuestro interés: su idea de «la perspectiva y el refugio». Uno de los elementos fundamentales que añade atractivo a un paisaje, en su opinión, es que éste permita ver sin ser vistos. A los seres humanos nos gusta una *perspectiva* desde la cual se pueda analizar un paisaje, y disfrutar al mismo tiempo de una sensación de *refugio*. Una cueva situada en la ladera de una montaña, una cabaña alzada en la copa de un árbol, una casita sobre una colina, el castillo de un rey, un ático y una habitación

con vistas son escenarios que añaden atractivo. (En realidad, salvo en contadas excepciones, los pisos altos de los edificios suelen ser más caros que los ubicados en las plantas inferiores.) La gente prefiere observar un parque abierto pero desconocido desde sus extremos, que hacerlo desde el centro. Siempre es preferible la protección que ofrece un lugar suspendido (árboles, la ladera, una espaldera o un tejado), especialmente si se combina con la sensación de «seguridad» desde un punto de observación o de ataque desde atrás. Los paisajes más atractivos tienden a combinar algunos de estos elementos, tanto en los cuadros como en la vida real. De hecho, la mayor parte de las representaciones paisajísticas de la historia de la pintura colocan al observador en algún punto deseable de visión —una ladera que, como suele ser el caso, mire hacia un valle— o, si estamos emplazados a ras del suelo, a una altura superior a los dos metros. (Si intentas buscar el punto de observación en muchos paisajes urbanos, verás que el artista parece estar apostado en una escalera.)

En las dos últimas décadas, estas preferencias paisajísticas y su perfil geográfico han sido objeto de una amplia serie de investigaciones empíricas. En un experimento muy conocido y repetido en varias ocasiones, J. D. Balling y J. H. Falk mostraron fotografías de cinco tipos naturales de paisajes a seis grupos distintos de edad, y se le preguntó a cada uno de ellos acerca de sus preferencias de «vivienda» y de «visita.» Los tipos paisajísticos eran el bosque tropical, el bosque de coníferas, el bosque de árboles de hoja caduca, la sabana del África oriental y el desierto. En ninguna de las fotografías había agua o animales. Los grupos de edad eran de ocho, once, quince, dieciocho, treinta y cinco, setenta, y mayores de setenta. Desde los quince años en adelante, las preferencias paisajísticas se volvían muy variadas y coincidían en el gusto por el bosque de hoja caduca, la sabana y el bosque de coníferas, que seguían superando a los bosques tropicales y al desierto. Este último fue el menos valorado por todos los grupos de edad. En el grupo más joven se efectuó un hallazgo sorprendente: los niños de ocho años preferían las sabanas como lugar para vivir y visitar en mayor medida que el

resto de los grupos de edades. Re-sulta difícil explicar este resultado a partir de la familiaridad, puesto que, al igual que los kenianos de Komar y Melamid que jamás habían visto el río Hudson, ninguno de esos niños había estado en un entorno parecido a una sabana.

Estos hallazgos relacionados con la edad son obra de Erich Synek y Karl Grammer, quienes demostraron la incidencia de un cambio significativo en las reacciones ante el paisaje que se corresponde con el inicio de la pubertad: los niños pequeños prefieren paisajes llanos parecidos a una sabana de baja complejidad. Hacia los 15 años se muestran más propensos a los paisajes complejos y montañosos que contengan árboles en abundancia. Synek y Grammer lo consideran una réplica parcial de Balling y Falk, pero también lo entienden como una demostración de que la experiencia al aire libre refuerza la sofisticación de nuestras respuestas a los paisajes.[5]

Es decir, la experiencia al aire libre desplaza los gustos paisajísticos de la edad temprana. Pero estas variaciones no demuestran ni un relativismo subjetivo ni que estos gustos sean construcciones sociales: el mero hecho de que se alteren de manera sistemática, siguiendo unas pautas predecibles según la edad, demuestra su lugar en la estructura de las tendencias naturales. Así pues, Elizabeth Lyons demostró que las mujeres sienten una mayor preferencia por la vegetación de los paisajes que los hombres, y es posible que esto tenga un origen evolutivo: las mujeres preferirían hallar refugio en paisajes repletos de flores y frutos, mientras que los hombres se sienten atraídos por paisajes de perspectivas amplias que ofrezcan la posibilidad de cazar y explorar. Desde un punto de vista puramente cultural, los estudios han demostrado que los agricultores de distintas culturas destacan entre otros grupos demográficos porque prefieren imágenes de tierras de cultivo fértiles por encima de otra clase de paisaje. Este hecho no es en absoluto incoherente con la perspectiva evolucionista: los objetivos vitales, las experiencias y los entornos locales familiares inculcan un interés innato en los paisajes y en nuestra capacidad para explotarlos. No es muy diferente de lo que ocurre

cuando aprendemos nuestra lengua materna, ya que ésta nos inculca nuestras capacidades lingüísticas.

III

La elección de un hábitat era una cuestión crucial de vida o muerte para las poblaciones (y los protopobladores) del Pleistoceno. La importancia decisiva de la selección del hábitat ha quedado muy bien retratada en una descripción de Orians y Heerwagen, quienes piden a sus lectores que traten de imaginarse cómo sería la vida diaria de una especie inteligente y formada de cazadores-recolectores. Consideran que esta existencia nómada del Pleistoceno es «una acampada que dura toda una vida». Para nosotros, ir de acampada significa ir de excursión y alejarnos de la vida moderna; para nuestros antepasados, vivir de la tierra era su única forma de subsistencia. Te levantas, según la descripción de Orians y Heerwagen, entre tu pequeño grupito de adultos y niños. Cuando te das cuenta de que escasea la comida, sale a buscarla en grupo. Las nubes que se atisban en el horizonte presagian lluvia a lo lejos, y ésa es la dirección hacia la que se dirige el grupo. A medida que el sol alcanza su cenit, te refugias del calor bajo la copa de unos árboles. Las mujeres del grupo hablan de unas bayas dulces que recuerdan haber encontrado en esa misma zona hace un año. Los hombres discuten sobre la posibilidad de cazar presas y poner a punto sus lanzas para una posible cacería. El estruendo de los truenos a lo lejos al caer la tarde indica que la estación seca está tocando a su fin. El grupo decide ir a dormir, aunque antes del amanecer algunos miembros se despiertan a causa de un estrépito. Hay un animal que merodea por los alrededores. Al romper el alba, el grupo se dispersa una vez más, según el relato que ofrecen Orians y Heerwagen, con el fin de iniciar un nuevo día con un estilo de vida «que durará miles de generaciones».[6]

Desde el punto de vista de nuestros antepasados, este estilo de vida no presentaba un principio o un fin concebibles. Desde nuestros tiempos a la época de Sócrates y Platón han pasado sola-

mente 120 generaciones. Si nos remontamos de su Atenas hasta la invención de la escritura, la agricultura, y la construcción de primeras ciudades, ha transcurrido mucho más tiempo: otras 38 generaciones. Pero para llegar al Pleistoceno, el terreno evolutivo en el que adquirimos los gustos, los rasgos intelectuales, las tendencias emocionales y los rasgos de la personalidad que nos distinguen de nuestros antepasados homínidos y nos convierten en lo que somos, tenemos que remontarnos a ochenta mil generaciones. En ese largo período de tiempo, los seres humanos se alejaron de África para explorar entornos muy diferentes de las sabanas. Nuestros antepasados avanzaron a lo largo de líneas de costa, se adentraron en regiones del interior, aprendieron a sobrevivir como cazadores en el Ártico, y se las apañaron para procurarse un sustento en los desiertos de Asia y Australia. Poblaron los bosques tropicales y templados, siguieron a los glaciares en su deshielo hacia el norte de Europa, y encontraron islas en la costa oriental de Asia. La evolución humana no tuvo lugar en una única zona geográfica, sino en distintas partes del planeta. A diferencia de muchas especies animales que se adaptan a un único hábitat físico y se extinguen si ese entorno desaparece, los seres humanos —inteligentes, sociables y creadores de herramientas lingüísticas— diseñaron modos de vida en casi todos los entornos físicos del planeta Tierra.

Sin embargo, algunas características de los paisajes siguen evocando respuestas humanas emocionales que quedan reflejadas en los anhelos prerracionales y los deseos. Estas respuestas puramente emocionales no son fáciles de aislar para su posible análisis porque coinciden en algunos aspectos con las respuestas racionales. Este solapamiento entre lo racional y lo emocional en reacciones a los tipos de paisaje puede confundir el tema. Pensemos en el siguiente experimento: un grupo de cazadores-cosechadores de unos veinticinco miembros, hace aproximadamente cien mil años, ha recorrido un terreno árido y rocoso en busca de alimento. Estos antepasados nuestros salen del extremo de un estrecho cañón y se quedan contemplando un vasto paisaje. A su derecha se erige un paisaje templado y escarpado. Sus verdes colinas y sus valles ascienden hacia las elevadas montañas azules. El

horizonte desciende por la izquierda hacia un enorme desierto, y no presenta ningún indicio de vida salvo por sus arbustos de salvia. Tampoco encuentran ni rastro de agua. El hecho de que nuestro hipotético grupo de cazadores-recolectores siga colina arriba parece explicable por una elección puramente racional. Así pues, ¿por qué plantear una hipótesis sobre una respuesta innata emotiva? ¿Acaso la emoción no actúa aquí como una rueda de repuesto?

Lo primero que debemos decir es que, teniendo en cuenta cómo era la vida real en el Pleistoceno, la elección podría no estar tan bien definida como indica mi experimento sobre el pensamiento. Para los miembros más antiguos y experimentados del grupo, el desierto puede ofrecer recursos alimentarios que no son evidentes a simple vista. Las colinas frondosas, por otro lado, podrían estar habitadas por otro grupo hostil de cazadores-recolectores. O sea, que muchos factores podrían incidir en una decisión racional sobre el modo en que actúa un grupo. Aun así, si todo marcha bien y las cosas permanecen intactas, el grupo se inclina por dirigirse hacia esas colinas. Debido a las ochenta mil generaciones que nos separan del Pleistoceno, sólo supondría una pequeña ventaja media de supervivencia decantarse por la opción de torcer a la derecha —hacia los paisajes verdes, acuosos, llanos u ondulantes, con espacios abiertos y zonas boscosas— para que esa respuesta quedara arraigada en la especie a nivel emotivo y de preferencias estéticas.

En un debate sobre los mecanismos de la emoción,[7] John Tooby y Leda Cosmides han revisado algunas cuestiones que tienen cierto impacto sobre la pregunta que planteamos aquí. ¿Por qué no cabe esperar que todos los fenómenos sobre preferencias se expliquen en función de un cálculo racional? Aseguran que la mente humana es una «espesa red» de rutinas innatas, de «programas» según su metáfora informática, que sirve para resolver problemas a los que se enfrentaron nuestros antepasados homínidos. Al igual que sucedía con el ejemplo del miedo a las serpientes, éstos pueden ser muy específicos: reconocimiento del rostro, capacidad de búsqueda, elección de pareja, gestión del sueño y

vigilancia de los depredadores. En contextos vitales, estas rutinas pueden entrar en conflicto entre sí: querer obtener agua puede entrar en conflicto con evitar depredadores peligrosos en las inmediaciones de una laguna. Por eso algunos dominios de grandes proporciones llevan implícito lo que Tooby y Cosmides llaman «programas superordenados». Las emociones funcionan de este modo, «orquestando» los diversos subprogramas de la mente para que puedan funcionar adecuadamente en conjunto. Un ejemplo de ello es el temor. Esta emoción, que se apodera de una persona que va caminando por la noche y se expone a una situación de «acecho y emboscada» (podría tratarse de un bosque tropical en el Pleistoceno o de la jungla de asfalto de una ciudad moderna) puede producir resultados que incidirán en la supervivencia. El miedo tenderá a desviar la atención y a hacer más agudas las percepciones (el crujir de los arbustos se aprecia con claridad), cambiar el peso de las distintas motivaciones y metas (pierdes interés en tu destino inmediato, ya no tienes hambre, etc.): cambias tus intereses en función de la información que has recabado («¿Dónde está mi bebé?»), alteras todo el contexto de la acción desde una situación de seguridad a otra peligrosa, e incides en la memoria, en los sistemas de deducción, y en las normas de decisión sobre tu conducta. En este sentido, la emoción que provoca el miedo inicia algo mucho más complejo que un simple subidón de adrenalina. Altera toda la respuesta de una persona y sus perspectivas, agudiza la percepción hasta el límite, y activa decisiones de tipo racional y automático.

Aunque Tooby y Cosmides no mencionan las emociones que subyacen a las preferencias paisajísticas, estas emociones encajan perfectamente en el cuadro general. Los paisajes más adecuados para la habitabilidad humana y su prosperidad son muy variados, pero para nuestros antepasados no era así. La supervivencia media del *Homo sapiens* que tenía una predisposición emocional hacia la vegetación y el potencial de agua en los paisajes habría sido un gesto evolutivo decisivo. Además, disponemos de abundantes muestras que indican que compartimos respuestas emocionales homólogas a las de otros primates. Aunque nuestros

antepasados más lejanos estuvieran haciendo elecciones racionales sobre los lugares a los que dirigirse, sus antepasados antes de la irrupción del lenguaje utilizaban, tal como hacen otros animales, una heurística no lingüística y reacciones emocionales en vez de procesos racionales y articulados para tomar decisiones de vida o muerte. Las respuestas racionales y las emocionales ante un paisaje pueden coincidir y reforzarse mutuamente. También pueden entrar en conflicto, puesto que el impulso emocional que nos atrae hacia un paisaje puede verse superado por el conocimiento de que éste entraña un peligro. Sin embargo, ello no obvia la existencia de una respuesta prerracional y emocional, y tampoco niega sus ventajas generales para la supervivencia.

Otro modo de abordar la cuestión es darle la vuelta y preguntarnos si un homínido o un primer poblador humano extraerían algún tipo de ventaja de supervivencia que fuera «emocionalmente indiferente» a los tipos paisajísticos. Si los seres humanos pudieran adaptarse igualmente bien a todos los tipos de paisaje, entonces favorecer un tipo en concreto sería perjudicial para la supervivencia. Consideremos este aspecto en relación con la analogía sobre el miedo a las serpientes.[8] Si se tienen en cuenta las distintas mutaciones, la variabilidad natural de los intereses, los gustos y las preferencias, encontramos a una serie de posibles antepasados que eran indiferentes a las serpientes o no las temían. Muchos de estos pobladores y protopobladores, aunque sean nuestros tíos y tías de hace decenas de miles de generaciones, no son nuestros antepasados de sangre directos: lo más probable es que los mataran las serpientes antes de producir descendencia. Nuestros antepasados directos, las personas a quienes podemos considerar nuestros tatarabuelos hasta llegar a nuestro tatarabuelo número ochenta mil y a su pareja, son las mismas personas que, si se tiene en cuenta la variabilidad natural de las cosas, se sentían nerviosas ante la presencia de las serpientes. La evolución recompensó sus emociones fóbicas infundiéndoles vida y la posibilidad de ofrecer descendientes al mundo, del mismo modo que recompensó a las personas que se ponían nerviosas al ver un acantilado muy escarpado y a quienes repugnaba el hedor a carne podrida.

En el Pleistoceno, la elección de un hábitat era otro factor determinante de la vida y la muerte, y la indiferencia emocional a los paisajes es tan poco probable en el contexto evolutivo como lo es la indiferencia ante las serpientes, los precipicios y los alimentos en mal estado, por un lado, o el sexo, los bebés y los alimentos dulces y grasientos, por el otro.

IV

La historia de la pintura paisajística nos informa de otras muchas cosas aparte de los posibles hábitats que había en el Pleistoceno. Incluye un tratamiento de cualquier tipo imaginable de paisaje, desde las interminables nieves árticas hasta el desierto y las selvas impenetrables. La pintura de paisajes como forma artística —desde Japón, China y Europa hasta el Nuevo Mundo—, así como los acentos y el estilo, cambia el panorama nacional de las historias del arte. El paisajismo ha estado fuertemente motivado por el exotismo, o una voluntad de experimentar el cambio y la variedad, y en cierto sentido se ha visto condicionado por los valores religiosos o incluso políticos. En la Edad Media, los europeos no compartían el amor por la naturaleza que siente cualquier urbanita: por ejemplo, las formas alpinas gélidas y amenazadoras de los cuadros del siglo XVI de Albrecht Altdorfer presentan unas montañas siniestras; sus bosques oscuros parecen estar dispuestos a engullir a todo aquel que se desvíe demasiado de su aldea. En general, quienes han vivido a merced de la naturaleza, vivan donde vivan, suelen sentir menos fascinación por sus encantos. Emerger de la civilización moderna nos inculca cada vez más la percepción de que la naturaleza es algo maravilloso o benigno, como si ya no fuera una amenaza. En realidad, los paisajes pueden parecer tan alejados de nuestra experiencia ordinaria que resulta sencillo imaginar que nuestros gustos en ese ambiente son tan convencionales como nuestras preferencias a la hora de cocinar o vestir. Se trata de un error comprensible, pero de todos modos sigue siendo un error.

Las emociones con las que nuestros remotos antepasados percibieron los paisajes más benévolos no nos sirven de mucho hoy en día, puesto que ya no somos cazadores nómadas que a duras penas viven de la tierra. Sin embargo, puesto que seguimos teniendo las almas de esos antiguos nómadas, estas emociones pueden aflorar en las mentes modernas con una intensidad sorprendente e inesperada. Los habitantes de las ciudades se encuentran tarde o temprano en alguna carretera de campo. Los pastos y las copas de los robles dominan el primer plano, mientras que a lo lejos se atisba un valle con una carretera serpenteante que se pierde en un bosque aún más antiguo. Un riachuelo bordeado de intensa vegetación sigue el trayecto de la carretera y luego se pierde de vista, aunque su ruta queda indicada por los bosquecillos de árboles centenarios. Puede apreciarse el último recodo del camino en lo alto del valle. Al fondo, las colinas escarpadas adoptan un perfil azulado y nebuloso que se mezcla imperceptiblemente con unas montañas lejanas que están flanqueadas en sus picos por dos enormes nubes cúmulos. Estas escenas pueden detener al viajero asombrado por la intensa sensación de anhelo y belleza. Entonces decide explorar el valle y ver hasta dónde conduce esa carretera. Somos lo que somos hoy en día porque nuestros antepasados más remotos siguieron caminos y orillas de ríos más allá de la línea del horizonte. En esos momentos es cuando nos reencontramos con los restos del pasado más antiguo de nuestra especie.